2007-03-03Comentario

Hoy se valora la tolerancia. Europa está cada día más llena de emigrantes con culturas y costumbres diferentes que no podemos despreciar ni marginar. La tolerancia es una actitud indispensable para la convivencia social y como una expresión nueva de caridad cristiana.

Yo siempre pensé que era muy tolerante porque vivo en una ciudad, Zürich, con casi un 30 % de emigrantes y me toca ver y oír de todo. Mi sorpresa fue cuando, asistiendo a las clases de alemán con un grupo de personas más jóvenes que yo, me tocó responder un cuestionario sobre la tolerancia. Me quedé desconcertado al comprobar que, sumando los puntos de las respuestas, yo era el menos tolerante de todo el grupo.

Se suele decir que la libertad individual tiene que ser absoluta y el primer principio de la convivencia y que su único límite son las libertades de las otras personas con quienes convives.

Nunca ha habido tanta libertad en la sociedad como ahora, pero también es muy cierto que la convivencia a cualquier nivel humano es hoy día muy problemática. Somos más tolerantes, predicamos la libertad, el diálogo, el conocimiento de otras mentalidades y culturas, valoramos todas las diferencias para poder convivir con todos, pero amar al que es no sólo diferente, sino contrario a mi, es un auténtico escándalo, una locura.

Jesús nos invita a experimentar la novedad radical que nos puede hacer auténticos discípulos suyos. Que nos puede convertir en una nueva humanidad capaz de romper la espiral de violencia que sigue llenando de sangre la historia hasta hoy. Jesús nos propone la regla de oro de un mundo nuevo: “vosotros, pues, sed perfectos como vuestro Padre que está en el cielo es perfecto”.

Estamos en Cuaresma. Me pregunto una y otra vez: ¿Señor qué debo hacer? ¿Qué quieres de mi? El ayuno y la abstinencia, la oración y la práctica del amor deben llegar hasta la raíz que alimenta los odios y rencores que anidan en mi corazón. Así seré discípulo de Cristo.

Hace muchos años, visitando un enfermo solito y pobre que vivía en la ladera del castillo de Jumilla en Murcia, me quedé impresionado al escuchar de aquel hombre:

-Padre, yo le puedo decir una cosa, no voy mucho a Misa, pero si alguien me hace un mal, ¡yo le haré un bien!

Me quedé impresionado de la sinceridad con que me hablaba. Aquel hombre, en medio de la pobreza y del abandono en que vivía , había conseguido llegar al núcleo del evangelio.

Carlos Latorre